

## Red de insomnes

No sólo las personas extrovertidas se desahogan hablando con alguien de sus problemas, sino que también quienes somos muy reservados tenemos esa necesidad de desahogarnos, de sacar de nuestro ronco pecho aquello que no es posible mantener dentro por salud. Porque nosotros no hablamos de nuestros problemas y situaciones más personales con los amigos y familiares, sino que tomamos como confidentes a quienes acudimos cada vez que necesitamos de sus servicios, o de su oído.

Me refiero, por supuesto al estilista o peluquero, al cantinero, al taxista y al mecánico, quienes en la práctica han desempeñado el rol de “pañó de lágrimas” para quienes no podemos fácilmente hablar sobre las cosas más importantes de nuestra vida personal, por ejemplo, los problemas con la pareja o los conflictos con el jefe.

Estoy convencido de que estas personas, generalmente no divulgan lo que les confiamos y cumplen con el principio de confidencialidad, a tal grado que muy apenas los supera el secreto profesional del médico y el secreto de confesión.

¿Y qué pasa en este momento, cuando a causa de la cuarentena no podemos acudir con nuestros confidentes y desahogarnos con ellos? ¿De qué manera descargamos aquello que estalla en nuestro interior?

Afortunadamente contamos con las redes sociales, donde algunos tenemos cientos de “amigos” y hay quienes acumulan hasta miles. Sin embargo, es un hecho que sólo dialogamos con unos cuantos ¿y de qué hablamos? ¿intimamos realmente? ¿siendo sinceros vamos al fondo?

Yo creo que en la mayor parte de los casos no. ¿Así es que cómo encontrar esa válvula de escape? ¿Cómo hallar esa puerta que tal vez no lleva a ninguna parte, pero que es una salida, a final de cuentas?

En la desesperación de las horas en vela, de la preocupación que raya en la ansiedad; en el tiempo de la soledad acompañada que se repite y se repite en los límites de un mismo espacio, aparece la idea de que puede hallarse la comprensión entre el universo de contactos, particularmente entre aquellos con quienes no hemos cruzado una sola palabra, un solo mensaje.

Entonces, algunos se atreven. Y, sin que importe quién pidió ser amigo de quién, ni cuánto tiempo ha pasado desde que la solicitud de amistad fue aceptada, uno de los dos revisa el perfil del otro y ¡listo! Tal vez se ha encontrado a la persona

perfecta para el desahogo sin riesgo, debido a que no nos conoce y nosotros a ella tampoco. Es muy probable que se pueda tender un puente y sacar la basura que llevamos cargando, sin causar daño a nadie.

Con suerte, hasta nos hace ver un camino que no habíamos descubierto, nos proporcionan una alternativa que no habíamos visto. Lo más que puede pasar es que se solidaricen y ya no nos sintamos totalmente solos. A ver qué resulta, total nada se pierde con intentarlo.

1

- Oye, Rubén ¿y por qué me mandaste una solicitud de amistad y nunca me has escrito nada?
- ¿Yo te la envié? ¿Cuándo, Carmen? Neta no me acuerdo. Pero pensemos que fue así ¿por qué no me buscaste tú? Ya que yo di el primer paso para ver si nos hacíamos cuates, te correspondía a ti escribir ¿no es así la amistad, una relación recíproca, donde ambos ponen de su parte?
- Pues en el caso de las solicitudes de amistad, yo creo que quien invita tiene el interés de decir algo a la persona que está invitando ¿o no?
- Bueno, ok, tienes un punto, Carmen. ¿Ahora qué sigue, necesito empezar por el segundo escalón, decirte quién soy, a qué me dedico, cuántos años tengo, dónde y qué estudié, qué fecha tiene mi pasaporte y así?
- No es necesario Rubén, ya estamos aquí y lo mejor será decir qué es lo que nos mueve a platicar. Es medio raro que estemos a esta hora despiertos y con ganas de hablar ¿no te parece?
- Pues creo que ahorita, con el pinche miedo al Coronavirus, hay un buen de gente despierta a esta hora. La preocupación no nos deja dormir. Así es que me parece muy bien que platiquemos. ¿Por qué no empiezas por contarme acerca de la piedra que traes en el zapato, la razón de que estés despierta a las tres y media de la mañana?
- No es nada en especial. ¿No crees que lo que estamos viviendo, lo que ha provocado en el mundo este virus es suficiente para no dormir bien? ¿Crees que se necesita todavía más para perder el sueño?
- Si tú lo dices no tengo porque dudarlo; te concederé la posibilidad de que la ansiedad que te provoca la pinche pandemia es suficiente motivo para buscar por la red a un cuate del que no sabes más que lo que has visto en su página

de Facebook, porque nunca has cruzado ni una palabra con él, para desahogarte y sacar la presión que te genera pensar en la maldita enfermedad y el dolor que está causando.

- No, está bien Rubén, perdón. Sabes que no es eso, dices bien que el virus y lo que está pasando en el mundo, que ya es un chingo, no es todo lo que me tiene destrozada. Hay una cosa que me está haciendo mucho daño.

Necesito contarle a alguien que no forme parte de mi vida, y por lo mismo no me juzgue, lo terrible que es vivir al lado de un macho celoso y violento. Porque eso es mi marido, un cabrón que no me deja respirar por mí misma, que controla desde la ropa que uso, y si algo le parece provocativo es razón suficiente para agarrarme a golpes e insultarme “por puta, infiel, promiscua y desleal”.

Al poco tiempo de que nos casamos, por un alegato sin importancia, algo así como que la sopa me quedó salada y yo respondí “¿Salada? Estás loco, a mí me sabe bien”. Se puso como fiera, aventó el plato con la sopa al suelo y se me vino encima, resoplándome su aliento pegado a mi cara, gritándome de todo y con una expresión en los ojos que indicaba que estaba fuera de sí.

Poco después, un día que me puse una minifalda, me tomó del brazo, me metió a la recámara, me arrancó la ropa y me agarró a golpes. Me dejó sangrando la cara y se salió. Como a la hora regresó. Yo estaba tirada en el piso, tal como me dejó; se tendió a mi lado y me dio un beso. Yo estaba aterrada, creí que me mataría, así que trataba de no respirar siquiera. Pero el desgraciado no quería golpearme, quería otra cosa. Me violó.

Las agresiones son ya muy frecuentes, porque ahora, como no tenemos hijos, dice que seguramente tomo algo para evitarlos y esa idea es suficiente para madrearme cada rato. Las amenazas de que si lo dejo o lo denuncio matará a mis padres, me hacen permanecer a su lado.

Pero ahora, con la cuarentena, encerrados porque su empresa lo ha mandado a trabajar desde la casa, está más irritable. Si hablo porque lo hago y si no porque estoy muy callada, el caso es que todos los días me golpea, me insulta y me hace sentir que soy una mierda. Solamente aguanto esta vida por mi familia, no quiero que vaya a hacerles algo terrible. Además, ahorita lo primero es atender a los contagiados del Covid-19 ¿Para qué escapo, si no tendré ni a quién acudir?

- ¡Qué fuerte historia Carmen! Me has dejado sin palabras, de veras está muy cabrón lo que te pasa y lo es más que hayas aguantado tanto. No sé qué

hacer, pero dame chance unos minutos, algo se me ocurrirá para buscar ayuda.

- No, no digas nada, solamente quiero desahogarme. Por eso busqué a alguien con quien no me une nada, para soltar todo y que no pase de ahí. Sólo quiero liberarme un poco de este peso que está oprimiéndome. ¿Me comprendes verdad? Te agradezco que me escuches y me prestes atención, con eso ya es bastante.
- Respeto totalmente tu voluntad, pero me parece que, ya que acudiste a mí, podría ayudarte cuando menos a pensar en una posible solución ¿va?
- No, no, la verdad mi intención sólo era poder hablarlo. Gracias por escucharme y que estés bien. Buenas noches, mejor dicho, buenos días.
- Ok, Carmen, pero si lo piensas bien y decides que quieres buscar una solución, ya sabes dónde estoy. Hasta pronto.

## 2

- No sé por qué te estoy contando esto, güey, si en realidad nunca hemos platicado de nada y, la neta, me parece súper raro que te cuente algo tan personal así, a las primeras de cambio. No entiendo por qué lo hago.
- Mira, no te preocupes, creo que todos estamos así, necesitados de platicar y, bueno, en estas circunstancias, con este encierro tan letal, desahogarnos se ha vuelto una necesidad elemental, bro. En verdad no te preocupes, suelta lo que traigas.
- Sí, güey, creo que tienes razón. Ahorita siento una opresión en el pecho que me está jodiendo, siento que voy a estallar y, como dices, creo que si no lo cuento voy a acabar tomando una decisión apresurada y después voy a arrepentirme.

Pero no pienso en todo lo que hay alrededor de la separación per se, ni en que le diga que quiero separarme, creo que eso es lo que menos me preocupa ahorita.

- ¿Entonces qué es lo que te jode?

- Pues que... pues todo. Por ejemplo ¿Cómo vamos a separarnos si ahorita no podemos ni salir a la calle? Y menos, aún, podemos buscar un lugar, hacer una cita, ir a verlo y, si me gusta, no podría rentarlo porque no hay nada seguro por ahora.
- Es más, me paraliza pensar que pueda perder el trabajo, porque entonces si no tendría para mantenerme, aun viviendo aquí con ella sin pagar renta, sin la presión que eso implica.

Dijeron que no nos van a despedir, pero recuerda que en un principio fijaron la cuarentena hasta el día último de abril y ahora, que la han ampliado hasta el 30 de mayo, seguramente los empresarios empezarán a pensar si realmente pueden aguantar y seguir pagando sueldos, impuestos, seguro social, y todas las mamadas que tienen que desembolsar y que el puto gobierno no ha accedido a posponerlas mientras pasa la pandemia, al menos.

¿Porqué de dónde van a sacar para hacer esos pagos si las empresas no están produciendo y, por lo mismo, no venden y no obtienen ingresos? Eso me provoca mucho miedo.

- Simplemente te diría, bro, que no pienses por ahora en eso, si, como dices, por el momento no se puede hacer nada, es mejor platicar y construir una mejor manera de relacionarse, tal vez con toda la claridad de que la relación ya tronó, pero que es imposible separarse.

A partir de ahí, entre los dos, podrían establecer una forma diferente de relacionarse. Juntos esperar a que se calmen las aguas y mientras tanto ir viendo cómo puede darse de la mejor manera su rompimiento.

- Creo que tienes razón, amigo, pensar en ciertas cosas me altera y, como dices, no me lleva a nada, solamente me angustio. ¿Y tú por qué estás despierto a esta hora? ¿Cuál es tu pedo?
- Híjole, maestro, creo que lo mío es un poco más complicado, porque solucionar las cosas no está en mis manos, es algo que depende de una situación involuntaria y, por más que yo quiera salir de ahí no puedo dejar de ser yo para, entonces, poder solucionarlo.

- Puta, güey, suena como un pinche dilema de serie o película ¿pues de qué se trata?
- ¿Has escuchado hablar del asperger?
- Nel
- Pues es una condición del comportamiento que afecta la capacidad de comunicarse de las personas que la tienen y, por supuesto, hace difícil el que se relacionen con los demás. Aunque hay varios tipos, o grados, podría decirse que, en general, las personas con asperger son muy inteligentes.

Regularmente se les ve hablando con conocimiento y elocuencia de los temas que atraen su atención, que, generalmente, no tienen que ver con lo más cotidiano, así que muestran su inteligencia y una manera de hablar totalmente articulada y clara, mientras que les cuesta trabajo participar de las dinámicas más sencillas y ordinarias, como una charla en el trabajo, expresar a su pareja algo que no les gusta, saludar a los vecinos y así.

Entonces la gente piensa que no la saludan bien o que no participan en las actividades sociales más comunes porque son pedantes, “creídos” o “alzados”, cuando en realidad su comportamiento se debe a que no saben cómo interactuar en esos terrenos.

- Órale güey, ya entiendo, y creo que a lo mejor yo conozco banda así. ¿Pero me cuentas eso porque eres psicólogo y tienes algún pedo con un paciente, o qué es lo que a ti te quita el sueño?
- No máster, te lo cuento porque yo lo tengo y, aunque mi chava se ha informado, lee y me ha acompañado con mi psicóloga, no puede evitar perder la paciencia ante mi aparente apatía y falta de disposición para actuar como ella espera. Es decir, a pesar de todo, muchas veces cree que me vale verga todo lo que a ella le importa y tenemos pedos muy fuertes por eso.

Por ejemplo, no soy muy bueno para ver cuando ella está preocupada por algo y quiere que yo me interese por saber cuál es el problema, es decir, que espera atención, preguntas, interés y que yo actúe como lo haría ella en una situación similar, lo cual, bro, para nada es posible, porque soy muy distinto a ella y a la mayoría de la gente con quien convive.

- Chin mano, no me lo pones fácil, pero empiezo por preguntarte cuál es tu dilema ¿estás tratando de decidir qué hacer? ¿cómo solucionar el pedo? ¿Han llegado las cosas hasta el punto de mandarse a la chingada o es simplemente que están atorados y quieres hallar la manera de destrabar las cosas?
- Pues la verdad no quiero separarme, quisiera encontrar una forma de relacionarnos mejor, pero ahora, con la cuarentena, no tenemos muchas opciones, ya que al pasar todo el día juntos siento que ya la tengo hasta la madre, porque, no te he dicho, pero otro rasgo es que no sé qué cosas no debo decir a la gente y eso le caga porque de pronto estoy diciendo cosas que no deben salir de nuestra casa.  
  
De hecho, lo más seguro es que si supiera que estoy teniendo contigo esta plática se emputaría seriamente. Por eso no le voy a decir ni pío.
- Creo que es lo mejor, pero me gustaría que me des chance de pensar hoy en tu caso y, si te late, nos vemos mañana más o menos a la misma hora y te digo lo que pensé ¿va?
- Va, nos topamos acá

### 3

- Oye, en serio, no puedo escaparme ni un segundo de la mirada de mi mamá porque parece que se imaginará algo y está alerta para pescar el momento en que yo abra la boca y le cuente a alguien algo acerca de eso.
- ¿Se trata de algo tan malo Lupita? ¿Temes que si se entera se avergüence de ti, que no aguante la pena de tener una hija que haya hecho... exactamente qué? ¿de qué hablamos?
- No, no es eso, vamos yo ni siquiera soy responsable, ni está en mis manos la solución del problema, así que, aunque quiera, no tengo injerencia en él. Se trata de que me he quedado sin trabajo. Me han dicho que esta quincena es la última que me pagan, que seguiré trabajando en casa hasta el día 30, pero nada más.
- ¿Y qué piensas hacer? ¿De plano no puedes decirle a tu mamá? ¿por qué es tan difícil, simplemente decírselo?
- Pues mira, Mario, mi madre se afanó para darnos lo mejor que pudo, incluida una carrera. Compró la casa con un crédito y, a pesar de todo su esfuerzo, no pudo llegar al final del plazo sola. Hace un año hubo un recorte en la

Secretaría de Cultura y le tocó salir. Su única preocupación al quedarse sin empleo era la mensualidad de la casa.

No le importaba más y, como mis dos hermanos ya no viven con nosotros – y, como son unos egoístas, no le dan un quinto a ella-, la única que podía ayudarle era yo y lo hice con gusto. A partir de que se quedó sin trabajo mi mamá entró en un nivel de estrés tan grande que una noche empezó a no poder respirar y, para no hacerte el cuento largo, paramos en el hospital las dos, yo con una gran preocupación y ella con un infarto.

Se enfermó sólo de pensar cómo iba a hacerle para seguir pagando la casa. Y se relajó a partir de que yo empecé a dar la mensualidad, de eso hace un año. Con ese antecedente ¡Imagínate cómo voy a decirle que ya tampoco yo puedo hacerlo! ¡No puedo!

- Y entonces ahora eres tú la que va a caer en el hospital a causa del estrés ¿no?
- Pues no hallo qué hacer.
- Yo creo que puedes negociar con el FOVISSSTE, tu situación no es única, debe haber muchísima gente en la misma situación que ustedes y, por lo mismo, no tienen de otra más que negociar, darles oportunidad de ir poniéndose al corriente ¿o qué van a hacer, quedarse con un montón de casas y departamentos para venderlos? ¿Y quién se los va a comprar si toda la gente está pasando por lo mismo?
- ¿De veras crees que se pueda llegar a un acuerdo?
- Estoy totalmente seguro Lupita. Yo ya lo hice una vez con el INFONAVIT y la situación no era tan dura como ésta que estamos viviendo. Plántate ahí y no preguntes si se puede, explícales la situación y diles que necesitas un plazo para encontrar empleo y, una vez que lo tengas te regularizarás.
- Muchas gracias, me tranquilizas. Es más, voy a dormir porque, mira, ya son las cuatro. ¡Válgame dios, como se pasa el tiempo! Muchas gracias y que descanses Mario.
- Buenas noches, y ya no te preocupes por eso. Duerme tranquila.
- ¡Gracias, nuevamente!

Ah, oye Mario

Mario... ¿Y tú por qué no puedes dormir? ¿Ya te fuiste?

- No, pero luego te cuento, es una historia larga. Ve a dormir.
- Nombre, ya se me fue el sueño sólo por el interés de escucharte, bueno de leerte.
- Ok Lupita. Ahí te va mi drama.
- Yo soy casado y tengo dos hijos. Somos una familia funcional y feliz, por decirlo así. Pero empecé hace cinco años a consumir cocaína y la verdad es que me hace funcionar muy bien en mi trabajo, aquí en la casa y en todos lados. La coca se la compro a un compañero de trabajo que nos abastece a varios cañones de la oficina. No tengo problema para surtirme, aunque, la verdad, he ido aumentando el consumo y actualmente me meto bastantita.

El problema ahorita con la cuarentena es que ya se me acabó la que tenía de reserva y no he podido comprar, porque, como te digo, la adquiero en el Instituto donde trabajo. Llamé a mi dealer y me dijo que sí tiene, lógicamente más cara, pero que no me la puede traer, porque él no se arriesga a enfermarse, pero dice que si voy a su casa por ella no hay bronca.

He tratado de salir con algún pretexto y Ana, mi mujer, no me da chance, se me pega como si fuera mi sombra. El otro día terminó yendo conmigo sólo para verme comprar un me late “porque soñé que ese día le pegaba y me sacaba una lanota”, bueno, eso le dije para poder salir.

Hace unos días que empecé a ponerme mal. Ya tengo sudores muy fuertes, me tiemblan un poco las manos y me entró un tic que no tenía. Ana ya me preguntó qué tengo, dijo que me ve mal, me pregunta cada rato si me siento enfermo y, no me suelta, aunque le juro por la vida de nuestros hijos que no, que solo es el estrés, la preocupación por lo que está sucediendo, no sólo en el tema de la salud, sino también en la economía, los empleos.

Anda todo el día siguiéndome los pasos y viéndome por el rabillo del ojo. Me siento acorralado y con un síndrome de abstinencia que me va a volver loco. Lógicamente sin la droga he perdido el control y en menos de dos semanas he acabado con aquel Mario tranquilo, buen marido y excelente padre. Nos

hemos peleado varias veces y termino gritando de una manera que me desconozco.

Ana se encierra en nuestra recámara a llorar, mis hijos están asustados, veo en sus ojos que me tienen mucho miedo y ya casi ni me hablan. Temo hacerle daño a alguien, ojalá fuera sólo a mí mismo. Estoy desesperado y lo peor es que siento que no tengo cómo remediarlo, Lupita.

- ¿Y por qué no le cuentas todo? Debe ser más fácil y mejor sincerarte, ella sabrá entender. Prométele que terminando el encierro vas a ir a una clínica de rehabilitación. Lo entenderá y tu problema se solucionará más fácilmente de lo que piensas.
- No, eso no puede ser. Ana viene de una familia súper católica, y es inflexible en el tema de las adicciones, tanto como con el del aborto. Si le expongo mi problema es seguro que se va con los niños a casa de sus padres y me llega la notificación del divorcio. Y no es que no me quiera, es que es inflexible en esos temas y eso sería motivo para separarnos, sin duda, estoy totalmente seguro.

¿Ves cómo no está fácil?

- Espera, espera. Se me está ocurriendo algo...

Yo soy muy parecida a Ana, no tolero ni que se hable de las drogas. Siempre he rechazado el contacto con las personas que las consumen y no me parece que drogarse sea algo decente. Pero para mí lo más importante es la familia y lo que me has contado me conmueve porque siento que se aman y pueden perder no sólo su amor, sino su familia.

Prométeme que pasando la cuarentena irás con un especialista que te ayude a curarte de la dependencia que tienes por esa porquería y yo te ayudo ¿va? La idea es que hagas trato con el vendedor y yo voy. Me das la lana, recojo la coca y te la traigo. Te aviso y solamente vas a la puerta ¿vives en casa o en departamento?, bueno, cómo sea, te la traigo y con cualquier pretexto vas a la puerta y te la entrego y santo remedio. Así no afectas tu vida familiar Mario.

- ¿En serio harías eso por mí?

- ¡Claro! Lo más sagrado para mí es la familia. Todo sea por evitar que la tuya se deshaga. Y mira que nunca imaginé que me prestaría a algo así. No sabes lo que representa para mí hacer esto, hasta me sudan las manos y eso que apenas está en mi mente, pero creo en tu sinceridad y me parece que eres una buena persona.

Por eso estoy dispuesta a hacer de lado mis principios, porque creo que algo que es malo, por esta vez puede ser bueno. Ya sé que suena absurdo, pero así lo siento y espero no arrepentirme después y sentirme culpable.

- Qué chingón, Muchas gracias, Lupita. ¿Cómo te lo agradezco?
- Yéndote a dormir y dejándome hacer lo mismo a mí. Mañana nos buscamos y nos ponemos de acuerdo, pasado mañana voy por ella y te la traigo. ¿Tu vendedor es seguro, verdad, quiero decir, no corro peligro?
- Ninguno.
- Entonces nos encontramos acá mañana, a la misma hora que hoy.
- Va, para empezar, estás salvándome la vida.

#### 4

- Cuando decidí estudiar medicina, mi motivación fue ayudar a los demás. Nunca fue mi intención hacer la especialidad para cobrar las consultas más caras y acumular dinero para mi vejez. Tengo compañeros que piensan así y ejercen la medicina con ese objetivo. No digo que no les guste su carrera y que no sea buenos, es más, hay algunos que son excelentes médicos, pero, en buena medida, los motiva su deseo de hacer dinero.

Esto de la pandemia ha representado un dilema para mí, Alberto, porque desde que decidí ser doctora pensé en que esa era una forma de ayudar a los demás y, no voy a negarlo, vivo bien de la medicina, pero mi consulta es económica para que la mayor parte de la gente pueda atenderse. Además, siempre que alguien me necesita le ayudo, ya sea dando consulta sin costo, haciendo un descuento o regalándole la medicina.

Pero en este tiempo del Covid-19 casi me arrepiento de haber estudiado medicina, porque me han agredido y ya no estoy tranquila cuando ando en

la calle. A dos compañeras del hospital las han bañado con cloro y a una de ella estuvieron a un paso de dañarle un ojo. Parece que, en lugar de que estemos colaborando a combatir la enfermedad, estuviéramos propagándola y la gente quisiera exterminarnos. Es increíble la forma en que nos atacan, como si nosotros trajéramos la muerte a la sociedad, cuando en realidad estamos peleando con ella para salvar a la mayor cantidad de gente que podamos.

- Sí, chale, Rosaura, he visto en las noticias que en muchos lugares están atacando a los médicos y enfermeras. Es increíble lo pendeja que puede ser la gente, porque es elemental pensar que si ustedes faltan quién va a atender a las personas que se enferman.
- No encuentro otra explicación, Alberto, solamente que es mucha la ignorancia de la gente que está haciendo eso ¿y sabes qué es lo peor? Que en nuestra propia casa sucede lo mismo.
- Nooooo
- Sí. Mi marido me advirtió antier que buscara un lugar para irme mientras pasa el problema, porque no quiere que contagie a los niños y a él. Le expliqué todas las medidas que estoy tomando dentro del hospital, al salir y al llegar a casa, pero ni así quiso escuchar.

Para él, el hecho de que yo esté yendo al hospital es garantía de que voy a contagiarme y a pasarles el virus a ellos. No me escuchó. Ayer que llegué ya no pude entrar. Ni siquiera pude pasar a bañarme. Me dejó fuera una caja con mis cosas más esenciales y una maleta con ropa,

Dentro de la caja había una nota donde me explica “Entiendo muy bien tu vocación, Luisa, pero no estoy dispuesto a morir por ella, y menos a que los niños mueran. Así es que, en nombre de ellos, y el mío, te pedimos que te refugies en algún lugar y te esperamos con los brazos abiertos cuando pase esto.

¿Verdad que entiendes que no es falta de amor? Por el contrario, estoy cuidando que esta familia no vaya a desaparecer, que estos hijos que hicimos con todo el amor del mundo se mantengan con vida y prolonguen nuestra sangre. Recuerda que hombre prevenido vale por dos”.

“Cuando esto pase voy a regresar contigo, pero sólo para mandarte a chingar a tu madre, para sacarte de la casa que yo pagué, pendejo” -pensé-.

No puedo creer que me diga eso, cuando aseguró que mi profesión no sería motivo de distanciamiento entre nosotros. Ya sé que ni en nuestra peor pesadilla imaginamos algo siquiera parecido a lo que estamos viviendo, pero se supone que cuando aceptó ser mi esposo le dejé bien claro lo importante que es para mí la medicina.

- ¿Y qué vas a hacer Rosaura? ¿Dónde estás ahora? ¿Has podido descansar?
- Pues no sé. Por el momento estoy en un hotel, pero no puedo vivir así por mucho tiempo. Algunos compañeros comentaban ayer que están pensando en salirse de su casa para no contagiar a los suyos. Hablaron de rentar una casa entre todos (son cinco y el pago de la renta será muy cómodo para cada quien). Mañana, bueno, dentro de un rato, hablaré con ellos y les pediré la oportunidad de unirme a ellos.
- Eso suena como una extraordinaria oportunidad para resolver tu problema.
- Lo del lugar para dormir sí, pero el verdadero problema es qué va a pasar con mi matrimonio.

¿Sabes? Siento como si Julián, así se llama mi esposo, fuera un desconocido; es más, lo veo ahora como un ser ruin, miserable, y no tengo ganas ya ni de verlo. Si ahora me preguntaras, te contestaría que desde mi punto de vista ya se acabó lo que se daba.

- Pues yo creo que debes calmarte, no pensar más que en la forma de resolver tu problema de dónde dormir. Ya cuando esto pase, verás cómo te sientes y, entonces sí, hay que poner en claro si la relación sigue o quieres divorciarte.
- Lo intentaré, porque creo que tienes razón. ¿Y a ti, qué te quita el sueño?
- Nombre, nada en especial.
- No te creo, si estás hablando conmigo es porque hay algo que te inquieta ¿por qué no me lo dices?

Alberto, yo me abrí y te conté mi problema ¿por qué no me das ahora a mí la oportunidad de escucharte?

- Ok Rosaura, es algo que tal vez te parezca simple, pero para mí es un problemón.

Hace un año regresé a la Ciudad de México, después de vivir varios años en distintos lugares del interior del país. Me fui porque me salió trabajo dentro de un proyecto en Jalisco. De ahí siguió Coahuila, después Campeche, Puebla, Xalapa, Yucatán, San Luis Potosí, Sonora y Nayarit. Regresé a la capital cuando un nuevo proyecto me trajo hacia acá.

Por una coincidencia, que no causalidad porque no creo en ellas, mi hija se separó de su pareja y, cuando yo estaba buscando donde vivir, ella buscaba un rumie, así que me pidió que compartiéramos el departamento que renta pagando por mitades la renta. Acepté de inmediato la propuesta.

Hace seis meses se terminó el proyecto en que trabajaba y hasta la fecha no he podido encontrar un nuevo empleo, por más que he buscado hasta en cosas muy sencillas y de poco salario. ¡Nada!

Siempre que buscaba trabajo lo encontraba fácilmente y, por eso, creí que esta vez también con sólo desearlo lo encontraría. No pensé que por la edad se me dificultaría y, mira, llevo seis meses desempleado y ahora, con el coronavirus, se ve más difícil, porque estoy en el grupo de riesgo debido a mis 63 años y a la diabetes que me acompaña hace cinco años.

Jamás pensé que me convertiría en un lastre para Isa, pero como siempre fui de la idea de que el dinero debe servir para vivir, por esa convicción, aunada al hecho de que mi salario era más bien bajo, no ahorré nada para el futuro y llevo tres meses dependiendo de ella.

Cada día la veo más preocupada, porque, la verdad, ella tampoco tiene un salario decoroso. Actualmente está trabajando desde casa y, al parecer, no lo despedirán ni le bajarán el salario, lo que es una maravilla, pero, para serte honesto, siento que soy una gran carga y que podría dejar espacio para que ella consiga un nuevo rumie.

He pensado en irme de vagabundo y dejar el lugar para otra persona, pero me falta valor para tirarme a las calles. No sé qué hacer, estoy durmiendo muy poco, como lo menos que puedo, he bajado como nueve kilos, y hago lo mejor que puedo para que estemos bien. Pero sé que nada de eso resolverá el problema. No sé qué puedo hacer Rosaura, estoy verdaderamente estresado.

- Fíjate Alberto que, tal vez, pueda ayudarte. Precisamente hace un par de días, una compañera doctora me encargó que si conozco a alguien que pueda ayudarle a mantener limpia y en orden su casa, se lo haga saber y, si estás de acuerdo, a primera hora de mañana, le daré tu número ¿Aceptas, te parece bien?
- ¿No crees que se saque de onda porque soy un señor, no una señora?
- Pues no creo, porque lo que quiere es alguien que limpie un poco, pero, sobre todo, que cocine, meta ropa a la lavadora y ese tipo de quehaceres.
- Va, Rosaura, ¿me haces el favor de avisarme?
- Claro, por ahora hay que dormir porque son las cuatro de la mañana, que descanses y sueñes con tu nuevo empleo.
- Muchas gracias. Me estás salvando la vida.